

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LA PASIONARIA, por don Manuel Angelon.—EL CORAZON DE FORMOSA (continuación), por don J. Ortega Munilla.—LOS VIEJOS (II), por don E. Benot.

GRABADOS: LEOPOLDO CANO, celebrado autor de *La Pasionaria*.—UN MODELO ÁRABE, cuadro por Ricardo Madrazo.—LOS PROTAGONISTAS DE LA PASIONARIA: D. Antonio Vico.—Elisa Mendoza Tenorio.—Angela Ruvira.—UNA LECCION DE ESCRITURA, dibujo por A. Hamman.—JUAN BAUTISTA DUMAS.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: VENUS ACARICIANDO AL AMOR, cuadro por Pompeyo Battoni.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Panorama floral.—Palmas y palmitos.—El domingo de Ramos.—Procesiones religiosas y mundanas.—El pleito entre la mantilla de casco y la de gasa.—La blonda es humo tejido.—La huelga de los cocheros.—Místicos y profanos.—Vénus.—La Dolorosa.—Sepulcros blanqueados.—La carraca sucede a la campana.—El globo del Buen Retiro.

Vamos al Retiro que está hermosísimo. Rosas pálidas asoman sus caritas de pascua, entre las verdes hojuelas de un ciprés; románticos alevés y clásicos lirios, disputan cabeceando a impulso del viento sobre la preferencia de una u otra escuela literaria; mustios jazmines suben por la mohosa y olvidada pared en busca del horizonte libre; ejércitos de pensamientos, rebaños de minutisas, mesnadas de espuelas de caballero, tribus salvajes de madre-selvas triscan, pululan por el bajo suelo, en los montecillos, quién en los troncos de los almeces y álamos, según su inclinación y aspiraciones, comparables en esto a los hombres, que unos se contentan con un poco de agua que beber y un poco de tierra en que morir, y a otros les parece poco el ancho mundo para sus pasos: ¡los muy necios!

* *

Pasemos del campo al templo; de la alegre religion de la primavera, a la triste pasión del Dios-hombre.

Lleno el templo de fieles. A la puerta se venden palmas, ramos de olivo y romero. Huele que da gozo. ¡Día de júbilo para el mundo!... ¡Viene Dios, viene Dios cabalgando en la jumenta de Betsafé y suena el vitor de las conciencias oprimidas! Las mujeres se engalanan, se ponen bonitas y prenden flores en los cabellos.

Van a la misa de palmas.

A ver quién se lleva la palma de la hermosura.

No hay función más solemne.

El pueblo se une al desfile de los sacerdotes, y sobre la línea ondulante de cabezas va otra línea de palmas que suben y bajan graciosamente.

Esa palma recta, delgada, sin adornos, símbolo de la esbeltez y la pureza, se cria bajo un cielo todo luz. Allí viven apareadas las palmeras, y en la época de los grandes huracanes, sus troncos se retuercen el uno alrededor del otro, formando audaz movible columna salomónica, como dos serpientes enamoradas que, mordiéndose, juegan.

El sacerdote, relumbrante de oro, se vuelve al pueblo: abre sus brazos, y de sus manos cae la bendición que viene a posarse en la palma, como la paloma del arca.

* *

Después saldrán del hondo cofre la mantilla de casco y la de gasa.

Una va por la acera de la izquierda y por la de la derecha la otra. ¿Cuál es más graciosa?

Pliégame la mantilla de gasa sobre el pelo y cae en onda negra sobre el busto. Es una obra común de las arañas y el humo. Este puso la materia; aquellas la manufactura... (No sé si debo decir la patifatura tratándose de insectos que carecen de manos.)

La mantilla de casco encierra el de la mujer en un estuche de rojo ó azul. Parece una perla dentro del cáliz de una petunia.

El sombrero francés tiene alejada de la vida pública a la mantilla.

Un solo día del año está de huelga el sombrero: el Jueves Santo.

Como los cocheros de punto.

Se ha observado que todos los años después de pasar el Jueves Santo, la prensa denosta la costumbre antigua de conmemorar la muerte de Jesús paseando mundana procesion de hermosuras por delante de los ojos curiosos de los hombres. Cuando muere la Luz universal, es cuando salen a volar las mariposillas fascinadoras de la moda.

Habla un místico:

—¡Horror! ¡Horror!... ¿Las ve V.? Delante del espejo se aderezan y componen. En ese botecillo de que sale aroma, no hay agua bendita sino *foin coupé*... Se pondrán majas y se irán a la Carrera de San Jerónimo, después de haber entrado y salido en las iglesias, con el fausto de la reina de Saba... Pero, señor, ¿no saben que es humildad lo que predicó Jesús?... ¡Sepulcros blanqueados!

Sepulcros que sirven de cuna al amor.

* *

¡La carraca! sucesora de la campana, le hace callar. Quedan mudas las torres y el badajo de la campana, colgando entre los labios sonoros de bronce como la lengua

de un perlático entre sus desvencijadas encías. Los aviones que acaban de llegar en compañía de las palmas, paisanos suyos, encuentran silenciosa su alta mansión... Allí abajo, en la nave oscura de la iglesia, suena el áspero crujido de las tablas de la carraca. La de la catedral de Colonia tiene la madera de cuatro encinas y atruena al crujir. Desde la carraca de Colonia a la de un niño, ¡qué serie de rumores tan distintos! Pueden formar una escala diatónica, cuyos timbres desafinan al compás de una batuta esgrimida por el demonio de la jaqueca.

La carraca indica el triunfo de las tinieblas, y cuando la campana calla, el mundo se pone serio; las nubes trazan en el cielo las arrugas de una frente llena de pensamientos penosos: las aguas de los mares ennegrecen, y dice la leyenda que hay rios que se paran hasta el sábado de gloria. Entonces la campana vuelve a sonar. Mil cohetes suben silbando...

Son las culebras del pecado que huyen del mundo.

* *

Pronto quedará instalado en el Jardín del Buen Retiro un globo cautivo, el cual servirá de recreo a los madrileños amigos de emociones fuertes.

¡Un globo!

Un globo para el que desde abajo le contempla es, permítasenos el alarde de ciencia geométrica, una serie de esferas cada vez menores que acaban en un punto. El que ahora veis, como nuevo planeta echado a los ámbitos del universo para girar en torno a la tierra, truécase luego en mancha invisible, en minúsculo borroncito, en una gota de tinta, que al fin se desvanece por completo.

Para el que va en la barquilla, nuevo Argonauta de una soñada navegación aérea, es, debe ser, pues yo no he experimentado estas emociones—algo trágico, algo sublime, algo apoteótico, eso de sentirse arrebatado a un mundo ignoto lleno de esplendorosas quimeras. Dejarse aquí abajo a la mujer amada, al hogar querido que aún nos saluda con el plumero de humo de su chimenea, a los amigos y a los enemigos que también es dulce tenerlos y vencerlos; —abandonar, en fin, estas adoradas sombras de la tierra, para flotar en un espacio luminoso y libre, no puede menos de producir en el alma opresión triste y desconsoladora.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

LEOPOLDO CANO, autor de *La Pasionaria*

La Pasionaria de Cano no ha dado la vuelta al mundo en ochenta días, como el héroe de Julio Verne; pero en otro tanto tiempo ha dado la vuelta a España. Pocos, quizás ningún drama moderno, ha sido más rápidamente propagado en la escena, ni más unánimemente aplaudido.

En este momento en que Barcelona está llamada a unir su opinión a la opinión de las primeras ciudades españolas, creemos que nuestros favorecedores han de agradecer nos la publicación del retrato del Sr. Cano, cuya obra se está traduciendo simultáneamente al idioma de cuantos pueblos acogen en su teatro las grandes concepciones de los dramaturgos contemporáneos.

UN MODELO ÁRABE,
cuadro por Ricardo Madrazo

El asunto de este cuadro es casi un pretexto. El autor, que lleva un apellido ilustre y que no puede haber olvidado aquello de *nobleza obliga*, ha querido demostrar y ha demostrado que posee el secreto de la luz y del color y de la perspectiva.

LOS PROTAGONISTAS DE LA PASIONARIA.

Antonio Vico.—Elisa Mendoza Tenorio.—Angela Ruvira

El público les ha hecho repetidas ovaciones. LA ILUSTRACION ARTISTICA les consagra este recuerdo; como se lo dedicó, pronto hará un año, a D. José Valero, el decano de nuestros actores, el *maestro*, como le llama cariñosamente Vico.

¡Ojalá se nos presenten muchas ocasiones en que rendir igual tributo al arte escénico español!

UNA LECCION DE ESCRITURA,
dibujo por A. Hamman

Yo no sé en qué piensan los padres de las jóvenes lindas y casaderas cuando las dan por maestros a un galancete que entenderá mucho de pedagogía, pero que fijamente entiende algo más de aquel arte que inspiró a Ovidio su obra más popular. ¿Hay quien lleve su candidez hasta el punto de creer que la lección de nuestro dibujo, un día y otro repetida, ha de dar por todo resultado los adelantos caligráficos de la bella discípula?... O el autor dice más de lo que quiere, ó el semblante de la niña vende un sentimiento que ese autor no ha sospechado.

La lección van a recibirla los confiados padres, y los verdaderos progresos los hará en el corazón de aquella, el feliz maestro que, bajo un exterior muy ingenuo é inofensivo, está próximo a alzarse con el santo y la limosna, ó sea con la niña y su dote.

¡Ah, padres, padres!... ¡Cómo echais en olvido la escena del fingido D. Alfonso en el *Barbero de Sevilla*!...

JUAN BAUTISTA DUMAS

El día 11 del corriente mes ha perdido Francia uno de sus ciudadanos más ilustres, la humanidad uno de sus miembros más útiles, la ciencia uno de sus profesores más eminentes; Juan Bautista Dumas.

Había nacido en 1800, y desde una población secundaria, después de haber permanecido algún tiempo en Suiza, se trasladó a París, que le tenía deparado un porvenir inmenso. El que llegó a la gran metrópoli de los pueblos latinos hecho un simple farmacéutico, había de ser sucesiva y rápidamente profesor del Ateneo, de la Facultad de Ciencias, de la de Medicina y del Colegio de Francia, fundador de la Escuela central de artes y manufacturas, diputado, ministro de Agricultura y Comercio, Gran cruz de la Legión de honor, miembro del Instituto y Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias.

Era, sin disputa, el primer químico de su país y el sabio más modesto de nuestros tiempos. Era más aún, era el hombre mejor dispuesto para emplear su actividad y su fortuna en bien de sus semejantes.

En cierta ocasión, una mujer desolada se presentó en su despacho.

—Caballero—le dijo—necesito de vuestro concurso. Mi marido, que se ganaba la vida honradamente pintando cuadros, se ha vuelto loco.

—¡Loco!...—exclamó Dumas.

—Loco, sí señor. Se le ha metido en la cabeza que es posible fijar exactamente los objetos en una plancha bruñida, y todo se le vuelve hacer ensayos que le distraen de su trabajo. Lleva consumidos en ellos nuestros ahorros, y si vos no lo remediais, va a acabar por vender hasta la última hilacha de nuestro menaje.

—Pero ¿qué puedo yo hacer para contener a vuestro marido?

—Mucho, señor. Mi marido sabe que sois el primer químico de Francia; si visitais su taller y le decís netamente que su plan es una quimera, desistirá de él indudablemente.

El eminente sabio se compadeció de aquella mujer atribulada, y visitó el taller de su marido. Cuando se hubo enterado de los propósitos de éste y de los medios que pensaba emplear para realizar su *locura*, díjole simplemente:

—Continuad vuestros ensayos, Sr. Daguerre, y librad contra mi caja todas las sumas de dinero que os hagan falta.

Al poco tiempo se enteró el mundo con asombro, de que un pintor francés había encontrado la manera de fijar los objetos, con exactitud precisa, en una plancha de metal bruñido.

Dumas había costado la invención del daguerreotipo.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

VENUS ACARICIANDO AL AMOR,
cuadro por Pompeyo Battoni

El paganismo es la religion de los sentidos. Las obras que ha inspirado hieren, generalmente, los afectos sensuales. Gracias que de esta regla común se separen algunos ejemplares de Juno y Minerva; mas de seguro no se aparta ninguna Vénus, inclusa la tan justamente ponderada de Milo.

Ateniéndonos, pues, a las consecuencias naturales de la pintura reproductora de asuntos paganos, es indudable que el cuadro de Battoni es una obra clásica en su género. ¿Dónde encontrar, como no sea en las admirables obras del Ticiano, belleza más simpática, juventud más apetecible, formas tan móbidas, actitudes más naturales, como en ese grupo de la más pura é irreprochable escuela italiana?...

El amor es hijo de Vénus y constituye la esencia *divina* de su madre. Esta ha nacido poéticamente de la espuma del mar y es conjunto el más completo de la belleza hecha para el placer; placer que, a pesar de todo, tiene su origen en el Olimpo y sus templos en la tierra...

Compágnense todos esos elementos y díjase si es verdad que Battoni ha resuelto una verdadera ecuación artística.

LA PASIONARIA

Drama por Leopoldo Cano

Es carácter distintivo de la actividad intelectual de nuestro siglo la tendencia a plantear y resolver aquellos problemas que afectan a la naturaleza en el orden de la materia y a la humanidad en el orden social. Los profesores de ciencias físicas y químicas ya no pierden cándidamente el tiempo buscando la piedra filosofal ó el elixir de eterna vida. Más poseedores de la verdad y más prácticos que sus predecesores, buscan, dentro de lo posible, los elementos que han de trasformar el empleo de las propiedades de los cuerpos; y en vez de pedir a la alquimia lo que la alquimia no podría darles, han sustituido la fuerza animal con la fuerza del vapor y andan buscando, con éxito, manera de que la electricidad haga de ese vapor un agente arqueológico, propio solamente de sabios muy contentadizos y de pueblos muy estacionarios.

En el orden literario la tendencia no es menos profunda y práctica; y de la misma suerte que los filósofos moralistas abordan netamente las grandes cuestiones sociales, renunciando al laberinto del *yo* y del *no yo*, en el cual creemos que ellos mismos se pierden; los poetas empiezan a encontrar ridículas

las endechas á Filis y las letrillas de enamorado platónico que constituyen el *menú* invariable de la poesía bucólica.

Una vez determinada esa tendencia, el teatro no podía ménos de ajustarse á ella, porque el teatro ha sido, es y será trasunto de su tiempo; y en el nuestro los primeros cultivadores de la literatura dramática han encontrado asaz estrecho el cuadro en que se encerraban unas cuantas personas para resolver la manera más accidentada de casar á una muchacha, á despecho de un tutor ridículo ó de un traidor ávido de su fortuna. No tratamos de regatear la gloria que legítimamente ha cabido á los famosos dramáticos de una escuela que tiene por representantes á autores tan insignes como Breton en España, Scribe en Francia y Goldoni en Italia; pero á cada tiempo corresponde su tipo literario, no hijo de la voluntad de un poeta más ó ménos potente, sino impuesto por la fuerza de las circunstancias, por algo superior que determina la manera de ser de las cosas, dentro de un orden de progreso uniforme, que, de una manera insensible, inconsciente hasta para los grandes genios, imprime el carácter general de las manifestaciones de cada época, como el estado del cielo imprime el color dominante en la tierra.

Pretenden algunos críticos, y no sin razones atendibles, que la escena no se ha hecho para plantear en ella, y ménos resolver, los problemas que agitan á nuestra sociedad; acusando de cínicos y hasta de corruptores á los dramáticos que, para aplicar el dedo á la llaga, empiezan por ponerla en descubierta á los ojos del público. Respetamos su opinión que, después de todo, tiene muchos ejemplos en que apoyarse; pero no perdamos de vista que los primeros dramáticos del mundo penetraron ántes de ahora, no ménos decididos, en este terreno, y á nadie se le ha ocurrido hacerles un cargo por habernos dejado, gracias á ello, sus obras más inmortales. ¿Se ha tratado en el teatro moderno un problema más profundo que el acometido por Calderon en *La vida es sueño*?... Y si tenemos presente que el mayor y más repetido cargo que se hace á nuestros autores contemporáneos es la insistencia con que exhiben en el teatro á la mujer adúltera, ¿podemos olvidar que ese mismo tipo de mujer es la constante base de los más grandes poemas dramáticos de nuestros inmortales poetas del siglo XVII?... ¿Por qué acusar á Sellés, por ejemplo, de cortar el nudo gordiano por medio de la muerte de la esposa criminal, cuando ese desenlace, bueno ó malo, justo ó injusto, es idéntico al de *El médico de su honra* y al de *A secreto agravio secreta venganza*, que son dos de los más indiscutidos timbres de D. Pedro Calderon?

Desengañémonos: el poema dramático es como la fábula; de él ha de desprenderse una moraleja. Siempre que de la accion de un drama resulte la apoteosis ó siquiera la impunidad del vicio, el drama será inmoral; pero si un autor, al exhibir la llaga, aplica á ella el cáustico de la crítica ó el hierro candente de la catástrofe al vicio debida; la accion podrá adaptarse más ó ménos al temperamento de estos ó aquellos espectadores; pero siempre encerrará una leccion provechosa, á expensas, tal vez, de los nervios de una parte del público.

Expuestas estas consideraciones, ocupémonos de *La Pasionaria* de D. Leopoldo Cano, cuyo estreno en Madrid fué más que un éxito, pues revistió las formas de un verdadero acontecimiento.

* *

Ante todo, ¿quién es D. Leopoldo Cano?... No se crea que vayamos á hacer una biografía de esas que parecen una cédula personal amplificada; nada de esto. Nos limitamos á decir: ahí le tienen nuestros lectores en la primera página del presente número.

De ese parecido retrato se desprende que el Sr. Cano ya no es jóven; pero que dista mucho de ser viejo. Se encuentra en la edad en que ni la fria experiencia ha destruido las ilusiones, ni éstas preponderan hasta tal punto que la realidad no desvanezca sus sutiles engaños. A juzgar por los rasgos salientes de su fisonomía, por la severidad de sus líneas, por la firmeza de su mirada, por la franqueza de su expresion, el Sr. Cano debe tener, á la vez, un carácter expansivo y enérgico.

Como Cervantes, como Ercilla, como Camoens, maneja á un tiempo la pluma y la espada: oficial superior de un cuerpo facultativo, ha comprobado, una vez más, que las musas, con ser unas vírgenes muy prudentes y recatadas, no se retraen de visitar los campamentos ó de descender á los cuerpos de guardia.

Bravo, como buen militar español, no se arredra el Sr. Cano ante el enemigo. Surge en su mente un plan arriesgado, el de *La Pasionaria* por ejemplo; no se le ocultan las dificultades, pero las mide con

ojo sereno. El peligro es, para ciertos temperamentos, más un incitante que un motivo de retraimiento. Conoce la máxima de Vauban: *plaza sitiada, plaza tomada*; y pone sitio al asunto, resuelto á tomar la plaza, bien obligándola á capitular, bien por asalto. Todo es cuestion de táctica; mejor dicho, todo es cuestion de genio.

En *La Pasionaria* no cabía una victoria á medias; ó del primer empuje derrotaba el autor al enemigo, ó se estrellaba en el empeño, perseguido en su retirada por la caballería de la crítica, que no habia de dejarle títere con cabeza, ó sea escena ó personaje sin cuchillada.

Tanto mejor para Cano; los triunfos fáciles únicamente pueden satisfacer á los pusilánimes: el autor rebasó el campo enemigo y se llevó en despojos, como el romano, los mismos carcanes, las mismas esposas, las mismas cadenas, que estaban dispuestas para castigar su osadía. Quizás no falte quien pretenda que la ruidosa victoria obtenida por el Sr. Cano, es debida á una sorpresa; más claro, que la brillantez de la forma ha impedido descubrir el fondo; bien así como aquel á quien ha deslumbrado el rayo, camina á ciegas y se precipita inconscientemente en el no sospechado abismo. A lo cual cabria contestar que la sorpresa no está proscrita en buena táctica y que en tales casos la culpa es exclusiva del que deja sorprenderse. No es este, empero, el caso de *La Pasionaria*. Cuando la batalla entre el autor y el público se libra cien veces consecutivas, siempre con los mismos soldados, siempre ejecutando los mismos movimientos y siempre consiguiendo igual éxito, ¿puede atribuirse el triunfo á la sorpresa del incauto enemigo, que está advertido repetidamente y conoce de memoria hasta la más pequeña evolucion de la táctica contraria?

Seamos justos: los grandes éxitos únicamente los obtienen las grandes obras: el Sr. Cano es más que un poeta fácil, robusto, brillante; es un hombre pensador, es un autor profundo, es un gran conocedor de las flaquezas humanas, es un dramaturgo valiente y es, además, un táctico que asegura de antemano el resultado de las más atrevidas empresas.

No conocemos personalmente al Sr. Cano. Al unir nuestro aplauso al de España toda, lo hacemos con esa íntima fruicion, no exenta de orgullo, producida por el convencimiento de que la dramática moderna española, que ha contado en pocos años á un Breton, un García Gutierrez, un Zorrilla, un Ayala, un Tamayo, un Echeagaray y últimamente un Cano, es digna continuadora de las glorias de nuestro incomparable teatro.

* *

Y hecha esta justicia, séanos lícito, concretándonos á *La Pasionaria*, hacer la siguiente pregunta: ¿ha estado oportuno el Sr. Cano en la eleccion del asunto? ¿Debió haber empleado sus poderosas dotes en algo ménos vidrioso, en algo ménos repulsivo en su esencia, en algo que no le hubiera precisado á familiarizar con el público desde la escena, un tipo cuyo contacto, fuera de la escena, el público rechazaría? En este punto encontramos fundamentada la division de los pareceres. Aun así, el nuestro, muy humilde por cierto, se inclina á disculpar al Sr. Cano. Daremos nuestras razones.

¿Qué es *La Pasionaria*? Es la triste historia de la mujer caída, es la exhibicion animada de la célebre octava real del *Canto á Teresa del Diablo Mundo*, en que dice de aquella que fué un día cristalino río y cómo ha terminado en estanque de aguas corrompidas, detenidas entre fétido fango. Este tipo, con efecto, sería repulsivo, si en el cielo tenebroso de la vida de esa mujer no brillara un punto luminoso que termina por disipar las tinieblas. *La Pasionaria* es madre, y el amor maternal, si no la ha rehabilitado, hemos de creer que la ha redimido. En este estado presenta el Sr. Cano á su protagonista.

Ahora bien; María Magdalena, cortesana en Magdalena, sería un tipo repugnante en la escena; pero la misma María Magdalena al pié de la Cruz ó acompañando á la Virgen en su espantosa soledad, es un tipo lleno de poesía, más aún, lleno de santidad.—Tú estás redimida—la habia dicho Jesus—porque has amado mucho.

La Pasionaria ama mucho, tambien; y si su amor no es, apuradamente, el amor divino de la antigua cortesana de Judea, es el amor más noble, más puro y más desinteresado de todos los amores humanos.

El público no ve, no puede ver, realmente, en ella, al ángel caído en el fango de que habló Espronceda, sino á la madre tan rica de afecto como pobre de ventura.

Esa mujer fué la víctima de un hipócrita y en el curso del drama lo viene siendo de una cáfila de egoístas. Gracias si entre los personajes que figuran en la accion, encuentra un sér generoso que la tienda

una mano compasiva; pero ese personaje, sensible es decirlo, tiene más corazon que cabeza: sin esta circunstancia hubiera podido evitarse la catástrofe final del drama, esa catástrofe que, con sentimiento lo decimos, es, en nuestro pobre juicio, el gran lunar de la obra. El Sr. Cano tuvo en su mano haber hecho prisionero al infame seductor, dejando á la opinion del público que dictase la sentencia; y ha preferido fusilarle sin formacion de causa.

La accion que se desarrolla en *La Pasionaria* no pretendemos referirla: el extracto de un drama, tal como aparece en los periódicos, únicamente puede dar de él una idea muy pálida. La impresion de las obras de arte hay que recibirla directamente: quien quiera conocer el argumento de la obra del Sr. Cano, aténgase á nuestro consejo y pague su curiosidad á la entrada del teatro. La crítica (dispénsenos la palabra) se escribe para los iniciados en un trabajo; aquellos que lo desconocen no pueden apreciar el juicio que merezca. La crítica es la síntesis (ó pretende serlo) de la conciencia del público, y no puede tener conciencia de una cosa quien esta cosa desconozca. Esa conciencia ú opinion del público que asista á las representaciones de *La Pasionaria*, quizás convendrá con nosotros en que le falta á la obra la debida contraposicion de caracteres. Casi todos los personajes del drama brillan por su perversa intencion: los dos únicos que no son rematadamente canallas (Marcial y el Juez) se aproximan á tontos. El Sr. Cano parece haber formado tan pobre concepto del corazon humano, que hasta malea el de esa niña angelical que durante la accion ha sido la esperanza del público. El autor de *La Pasionaria* creará estar en lo cierto, ¡insigne y triste error que no le envidiamos! pero aún así, hay verdades demasiado amargas para servir las al público como fruta corriente.

* *

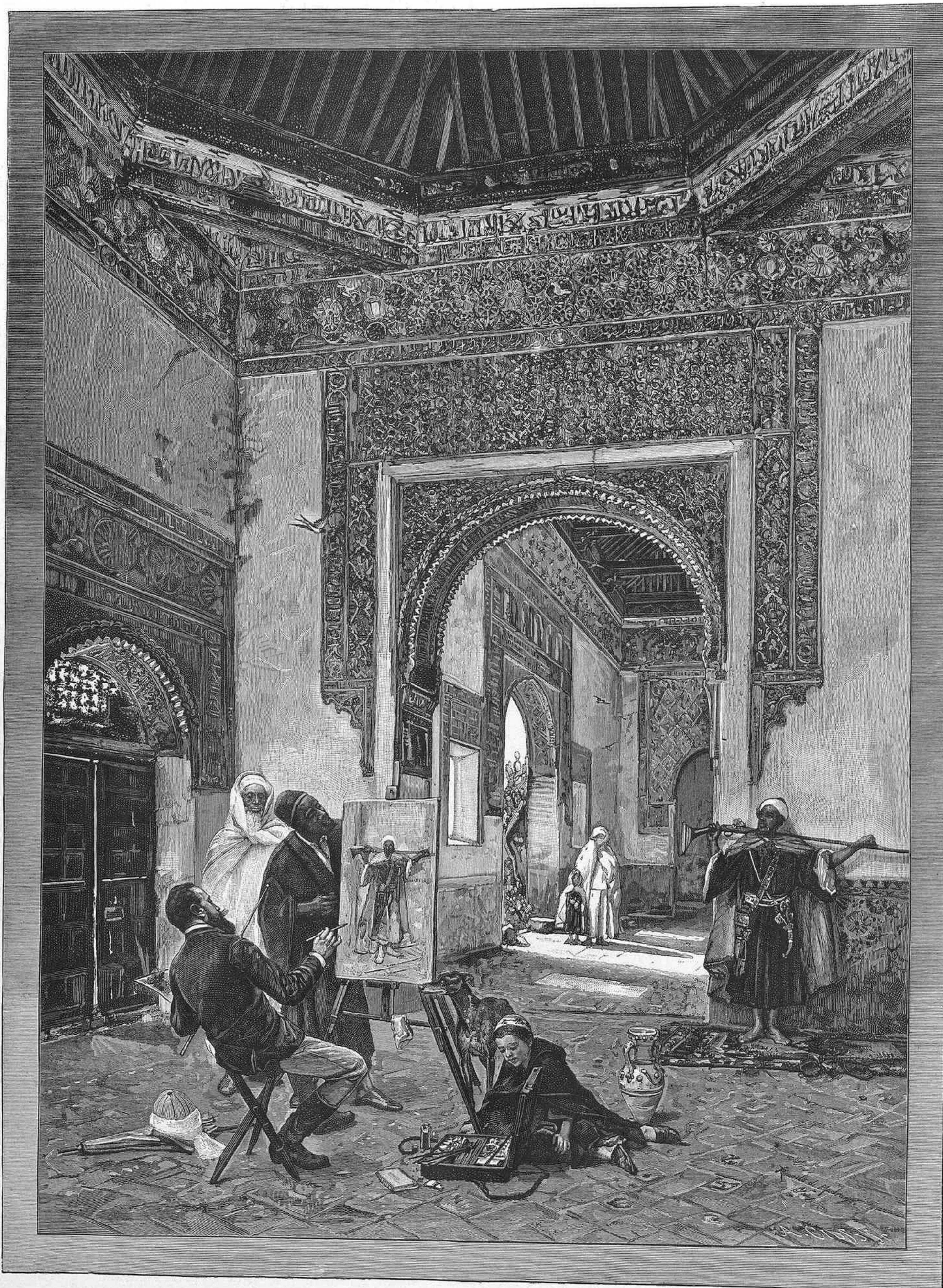
Respecto al estilo en que el drama está escrito, no dudamos en calificarlo de notabilísimo. Su autor, evitando los inconvenientes de un lirismo impropio de la accion y del tiempo, y aun de todos los tiempos y acciones, ha hecho hablar á sus personajes el lenguaje natural de los hombres. Ora en cortado diálogo, ora en deliciosas tiradas de versos, surgen pensamientos nuevos, claros, elevados, exactos; encerrados dentro de una forma precisa, nítida, elegante. En el público siempre han producido y producirán indecible efecto las frases sentenciosas y los conceptos levantados; y cuando, á mayor abundamiento, tienen la ventaja, digámoslo así, de una instrumentacion wagneriana, no puede ménos de pagar tributo á esta parte de la forma, que entra por no poco en el drama que nos ocupa.

Podrá decir la crítica que los versos, así los buenos como los malos, son anti-realistas; pero no es ménos anti-realista la música de las óperas, y sin embargo, nadie dirá que las notas de la *Norma* y de los *Hugonotes* no nos trasporten, de la manera más natural y simpática, á los tiempos de los druidas y de la *San Bartolomé*. En verso están escritos *El desden con el desden*, *El alcalde de Zalamea*, *Marcela* y *El Tanto por ciento*; y Dios se lo pague á sus autores.

* *

Un drama tan arriesgado, tan resbaladizo como *La Pasionaria*, hacia preciso, aparte el mérito especial de su estructura, una ejecucion excepcional, si el público no habia de encontrar harto atrevido el pensamiento del autor. Suerte fué para el Sr. Cano haber dado con intérpretes á la altura de su obra; suerte tanto mayor, en cuanto uno de los más importantes le fué deparado providencialmente. Nuestro público tendrá ocasion de comprobar este aserto, pues el drama se representa en esta ciudad por los mismos artistas que lo estrenaron en la corte.

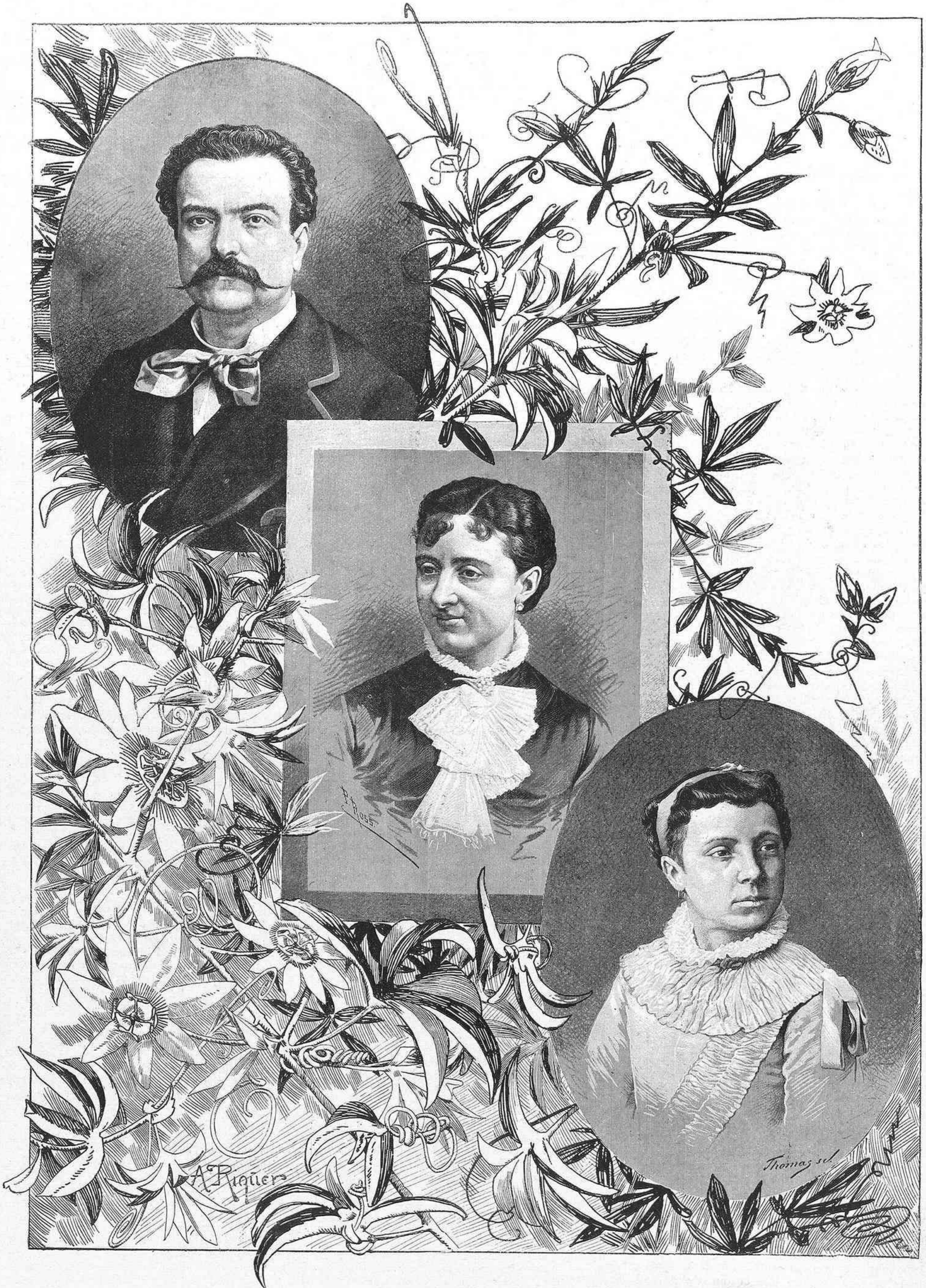
Corre la protagonista á cargo de la Srita. doña Elisa Mendoza Tenorio, paisana nuestra, si bien pisa ahora por primera vez la escena barcelonesa. Comprometido, muy comprometido era el papel que se confiaba á sus ya probadas fuerzas. El tipo de *la Pasionaria* es, después de todo, poco presentable desnudamente: se trataba por lo tanto de conciliar lo real y lo ideal, es decir, de resolver ese eterno problema del arte que consiste en embellecer la naturaleza sin que la naturaleza misma se aperciba de ello. Esta teoría la profesan todos los artistas serios, pero lo difícil es encontrar el justo medio, el punto exacto en que deben converger, como el cristal y la imagen en el estereoscopio, el realismo y el idealismo. Esta dificultad, la mayor que ofrece el drama del Sr. Cano, la ha vencido magistralmente la señora Mendoza Tenorio. Verdad es que para ello reúne cuantas condiciones son de apetecer: corazon para sentir, talento para crear, figura agradable, semblan-



UN MODELO ÁRABE, cuadro por Ricardo Madrazo
(tomado de una fotografía de Laurent)



VENUS ACARIANDO AL AMOR, CUADRO POR POMPEYO BATTONI, GRABADO POR PORPORATI



Antonio Vico

LOS PROTAGONISTAS DE LA PASIONARIA

Elisa Mendoza Tenorio

Angela Ruvira

te expresivo, voz vibrante y dúctil en las transiciones, mímica natural aunque siempre distinguida, y una verdadera pasión por el arte que la asocia lealmente al éxito de las obras que se la confían.

Desde que aparece en escena, pobre, desfallecida, arrojada del templo, rechazada por los hombres y casi dejada de la mano de Dios, el público adivina en ella a una gran víctima, y unánimemente se pone de su lado. Cuando se entera de lo que ha sido *la Pasionaria*, es tarde para rectificar el concepto: la Srita. Mendoza Tenorio se ha apoderado ya de los espectadores, y estos hacen suyo el juicio y la conducta de *Marcial*.

Marcial es el Sr. Vico, ó mejor dicho el Sr. Vico desempeña el papel de *Marcial*; un muchacho de tan ligera cabeza como buen corazón; un voluntario de Cuba que tiene azogue en el cuerpo; á quien se le ocurre que Madrid es la manigua y que trata á cuantos se le ponen por delante como sin duda trató á los separatistas de aquella isla. Hay en el carácter de este personaje una mezcla de candor y de malicia, de dulzura y de energía, que hace sumamente difícil su interpretación perfecta. Y sin embargo, el Sr. Vico vence todas las dificultades con esa aparente facilidad que hace de la declamación la cosa más sencilla del mundo... para el que no ha de declamar. Verdad es que la maestría del Sr. Vico no puede controvertirse y que cuantas veces este actor, una de las pocas glorias de nuestra escena, crea un tipo, el arte está seguro de obtener un nuevo triunfo.

Con tan buenos elementos no era difícil prever un éxito, pero la representación de *La Pasionaria* necesitaba algo más, necesitaba una actriz especial de esas que no figuran en el cuadro de compañía alguna, una artista que hiciera sentir á una edad en que no se siente, que declamase un gran papel á la edad en que apenas se recitan fábulas con la monotonía peculiar de los colegios. Esa actriz que no podía hacerse, se la encontró hecha el Sr. Cano.

Durante los ensayos del baile *Excelsior*, hubo de llamar la atención entre las figurantes, por su facilidad en comprender y por su manera de ejecutar, una tierna niña, de nueve años apenas, hija de padres tan míseros que alguna vez, como aseguró llorando esa pobre criatura, faltaba en su casa hasta un pedazo de pan que llevar á la boca. D. Francisco Arderius, empresario del baile y que no por haberlos introducido los Bufos, deja de ser un distinguido artista y un buen señor, reparó en la niña, se compadeció de ella, adivinó la llama del genio dentro de aquel cuerpo frágil, y parte por esta intuición parte porque, como dirían los musulmanes, *estaba escrito*, se encargó de su porvenir. Esta niña, fenómeno de precocidad, es Angela Ruvira: la pequeña figurante de ayer es hoy uno de los firmes elementos que contribuyen al éxito de *La Pasionaria*.

En este momento crisálida del arte, será mañana una de sus glorias. Buena falta hace en nuestro país siquiera una esperanza. ¡Se ha extinguido tan rápidamente la generación de la colosal Bárbara Lamadrid, de la irremplazable Matilde y de la inspirada Teodora!...

Angela Ruvira, en *La Pasionaria*, tiene rasgos sublimes, tanto más sublimes cuanto son espontáneos. Nadie la ha enseñado á decir, como nadie la ha enseñado á sentir. Oyéndola corren las lágrimas de los espectadores. ¿Qué mucho que así sea, si en los ensayos lloraban cuantos la oían declamar, ó mejor dicho, cuantos la oían repetir en verso el relato de una miseria que ántes había referido en prosa infantil?...

Y lo más sorprendente en esa criatura privilegiada es que al confiársele el papel que representa en *La Pasionaria*, hubo que enseñárselo de viva voz. ¡La pobre no conocía las letras!... Sus protectores han subsanado esta falta, y en mes y medio Angela ha aprendido á leer correctamente y á escribir de una manera inteligible. ¡Ah! Gracias sean dadas á los que la tendieron una mano generosa; gracias á los que, con su buen talento, presintieron el talento de la niña desvalida... Angela tiene un gran corazón; ¡Angela no será ingrata!...

* *

Hemos expuesto sencillamente las consideraciones que nos sugiere *La Pasionaria* y la ejecución de esta obra por sus principales intérpretes. No pretendemos haber hecho un juicio crítico; ni nos lo hemos propuesto, ni disponemos de tiempo suficiente, ni nos sentimos con autoridad bastante. Pero en España se está tejiendo una corona de flores para el ilustre autor de ese drama, y la ILUSTRACION ARTÍSTICA no ha podido resistir á la tentación de poner en esa corona una modesta violeta.

MANUEL ANGELON

EL CORAZON DE FORMOSEDA
POR DON JOSÉ ORTEGA MUNILLA
(Continuación)

El color del vestido (era de pasa corinto, y tenía rasanado el suelo unos agremados oscuros con puntos y cuentas de azabache, muchas de las cuales se habían perdido, nadie sabe cómo ni dónde; y los pies que eran todo lo menudos que pueden ser, iban ¡oh dolor! calzados malamente con unos zapatillos de cuero, que por cuatro ó cinco distintos lados se abrían con bocas de tristeza y muerte. La industria femenina había andado en aquellas bocas, y una aguja las había cosido dándolas después de cierto unte negro que disimulase en lo posible la vejez; pero por desgracia este disimulo no bastaba; y aquellos dos pies tan bonitos bien se veía que iban encerrados en dos andrajos de piel de cabra.

Formoseda iba alegre y contento, como lo va siempre el hombre de veinticinco años cuando acompaña á una mujer tan bonita.

—Ya verán Vds. qué gran tarde pasamos... ¿No se me habrá olvidado el permiso?—dijo buscando con precipitación en los bolsillos,—no, aquí está,—añadió sacando de uno de ellos un papel en que se le autorizaba para entrar en la Casa de Campo.

—¿Cuánta gente hay por las calles!—dijo doña Eleuteria. Efectivamente, era la hora de la mayor concurrencia que iba y venía á pasear. Este pueblo madrileño que tan dispuesto se halla siempre á la diversion, había tenido un gran pretexto aquella tarde para echarse fuera de sus talleres, de sus domicilios y de sus oficinas. Y está claro, era tan hermosísimo el sol que todo lo inundaba con su luz de oro. Las calles aparecían envueltas en la ancha faja luminosa; y las sombras de los transeúntes bailaban y danzaban sobre el empedrado y las paredes de las casas.

Genara hubiese preferido que el sol aquella tarde se hubiera escondido tras de pardas nubes, porque cuanto más lucía, más triste era la vejez de su traje, y más desconsoladora la apariencia de sus zapatos.

Hacia mil ingeniosas combinaciones de pasos, y llevaba de cincuenta distintos modos hacía adelante la falda, para que al andar, con la precipitada marcha no se le viesen aquellos dos innobles pedazos de cuero; pero ellos parecían ávidos de salir á la luz, y un golpe de viento que arremolinaba alrededor de la gallarda y esbelta figura de la doncella los pliegues volantes de la seda, mostraba por entero aquellos dos pies que hubieran sido el orgullo de una princesa china, si no hubieran ido calzados con los zapatos de *Mignon*.

Llegaron á la calle de Postas, y al final de ella, creo que es el número 7 ó 9, había una posada, tal como hoy aún las tenemos.

Era un ancho zaguan que desembocaba en un enorme patio que estaba lleno de acémilas y carros; había grupos de arrieros, unas cuantas mesas bajas en las cuales gitanos, gañanes y gente del oficio del matalotaje comían ciertos guisos caldudos y humeantes. En el fondo del patio se veía una puertecilla, sobre cuyo quicio oscilaba una rama de romero pendiente de una sogá. Era la taberna, y había un verdadero cordón de peregrinos, desde las cuerdas al mostrador, donde escanciaban en una medida de barro crudo, cierto líquido negruzco que traía la etiqueta de Valdepeñas, pero que había nacido de no sé qué componendas químicas endiabladas.

—¿Cómo es eso?—dijo Formoseda paseando una mirada de impaciencia por todo aquel cuadro.—No veo enganchado el carruaje... Ese pícaro de Tolendas, de seguro que nos deja con un palmo de narices... Se habrá emborrachado... ¡Babieca semejante!

Y despues, encarándose con el mozo de posada que había salido al encuentro de nuestros tres amigos:

—¡Eh!—dijo,—¿sabe V. dónde se ha metido ese borracho de Tolendas?

—¡Ah! Tolendas,—dijo el mozo de posada.—Ahora creo que está...

—Sí, ya sé que estará en la taberna. Es el sitio de la reunión de todos estos.

Y dirigióse á la taberna, y allá encontró, en efecto, á Tolendas que apuraba su quinto ó sexto vaso de vino.

—Pero hombre, tienes una calma,—dijo Formoseda.—Hemos dicho que vendríamos á las cuatro, son las cuatro y cuarto y no veo al coche ni á las mulas, ni te veo á tí.

—No se apure V.—dijo Tolendas,—que en seguida enganchamos. Pues digo, que soy poco dispuesto para enganchar.

En efecto, no tardó mucho porque despues de apurado el último sorbo de aquel líquido negruzco, fué á la cuadra; allí se le oyó refunfunar no se sabe qué voces piadosas que hicieron poner á las mulas las orejas erguidas como presintiendo un zurriago en los lomos.

No habían pasado cinco minutos cuando un viejísimo coche de colleras con mucho barro en las ruedas, y muchas cuerdas remendando las roturas de las ballestas, estaba delante de la puerta y enganchadas á él dos mulas; una de ellas blanca y la otra alazana de desigual alzada pero de no mala estampa.

Tolendas había encendido un *chicote* y restañaba el látigo en el pescante. Muy pronto subió doña Eleuteria y no tardó tampoco en verse colocados á su lado á la niña y Formoseda.

Doña Eleuteria tuvo entonces uno de esos sueños femeniles de los que los hombres no podemos nunca darnos cuenta; y es que al verse en aquel coche, detrás de los cristales cerrados, al sentir huir las piedras debajo de

las ruedas, al oír el restallido del látigo, y el campanilleo de las mulas, le parecía estar trasportada á aquellos felices días de su infancia en que los Ochandiano gozaban todos los placeres de la feraz Borunda, y trasportábanse en una magnífica carroza á cualquiera fiesta sonada de las inmediaciones de su pueblo.

Madrid huía de ellos; y por las ventanas de la capota veían pasar en vuelo fugaz las casas y los transeúntes. Las mulas iban desenfundadas con el continuo restallido del látigo y el vocabulario soez de Tolendas; el cual puede decirse que para avivar la marcha de sus bestias, despedía como Júpiter rayos.

Bajaron por la calle de Segovia. No era como hoy la calle de Segovia una enorme vía de comunicación abandonada; porque los ferro-carriles se han llevado el movimiento humano por otra parte de la coronada villa; entonces era la calle de Segovia una de las principales arterias del comercio de Madrid; y por ella andaban de continuo filas de carromatos y recuas de arrieros que traían de las líneas de Alcalá, de la Andalucía, de Valencia y del Aragon alto los ricos frutos que estas feraces campiñas producían. Era un muestrario curioso y entretenido del comercio español; en el cual se veía desde el gitano de largas zancas que conduce una piara de yeguas salvajes, hasta el muletero andaluz que guía un soberbio caballo, sin olvidar el maragato que á pié va lentamente tirando de la jáquima de un mulo cargado hasta el cielo.

Cuando desembocaron en el campo, la niña tuvo un momento de alegría.

Hasta entonces todas aquellas esperanzas que ella había fundado en aquel viaje al campo se hubiesen visto defraudadas; porque ella se sentía con el alma de princesa y con el traje de mendiga.

De modo que fué necesario que una oleada de viento fresco impregnado de la humedad aromosa de la yerba llegase á la ventanilla del coche y la diese en pleno rostro. Entonces se despertó, porque la naturaleza la llamó con sus mil voces ignotas é indescifrables; y sintió dentro de su alma un movimiento y un como salto de alegría.

IV

Vamos á Alcalá

La familia del señorito de Formoseda tenía su casa en Alcalá de Henares, y era de las más acaudaladas y principales de las Castillas. Aún hoy puede verse á la derecha de San Diego y á la entrada de Alcalá de Henares un antiguo caserón destartado, pero no exento de las bellezas arquitectónicas que caracterizan las obras del siglo pasado. Enorme zaguan dentro del cual pueden formarse dos escuadrones; seis ó siete patios descomunales que unos desembocan en otros, y en donde se cierra el ganado de laborío; y dos piezas de fábrica de sillería rematadas por la espadaña de una capilla donde los Formoseda tienen derecho de celebrar el sacrificio de la misa por especial concesión de un Papa.

Don Claudio Bartolomé Formoseda y doña Salomé de Sigüenza, eran los padres del gallardo don Ricardo y esperaban aquel día con ansia verdadera.

(Se continuará)

LOS VIEJOS

II

Verdaderamente que, á no estar nosotros muy acostumbrados á formar en las minorías, sentiríamos ahora arrepentimiento profundo de haber empezado á escribir en alabanza de los viejos.

Durante ausencia brevísima, una turba revoltosa de hechiceras, nada brujas, ántes bien todas trasuntos de Venus, y de 200 meses cada una cuando más, penetró sigilosamente en nuestro estudio á curiosar y revolver papeles; y, violando escandalosamente el secreto de nuestros manuscritos, leyó el artículo anterior, y nos recibió, á nuestra vuelta, atolondrándonos en coro con el cantar andaluz:

Un viejo vale un doblon,
Un mozo vale un real,
Y la mujer de razon
A lo barato se va.

Despues, aquel enjambre encantador desapareció tirando libros, desordenando papeles, y jurando no volver más á mirarnos á la cara.

* *

¡Qué favor y qué disfavor en solos cuatro versos! ¡Respetables son los viejos; eso sí! pero... á la mujer se le van los ojos tras la lozanía de la juventud. El pollo es su favorito manjar.

¡Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños!

Ya la primera cana hace receloso al amor. Esas calvas lustrosas de 35 estíos, el oro en los dientes, el corvo abdomen enemigo de la flexibilidad, las patas de gallo en los antes tersos pómulos... necesitan ya que el limpio tintin de las pesetas resuene en los oídos femeniles, para distraer á los ojos y que no se fijen en los estragos del tiempo. Y, si esto pasa en el verano de la vida, ¿qué encanto encontrar en piés arrastrando, espaldas en bóveda, ojos mustios, reuma, asma y lentitud?

Decididamente: Venus huye asustada de la vejez.

• Y sin embargo, ¡oh hechiceras de 200 meses! el mundo es de los viejos.

Y si no, veamos quién suele tener en sus manos la política.

El Emperador de Alemania Guillermo cumple ahora 87 años; Moltke, el vengador de Jena, va con el siglo, y Bismarck será el año que viene un deplorable setentón. Viejos han muerto casi todos los pontífices romanos; y el último, Pio Nono, en cuyas manos se perdió el poder temporal, tras la promulgación del Syllabus y la declaración del dogma de la infalibilidad, falleció casi nonagenario, desmintiendo el famoso *non videbis annos Petri* (no verás los años de Pedro) dicho á los Pontífices en el acto de la consagración. Después de los 60 años se distinguió por sus severas medidas de represión y por su infatigable habilidad diplomática, el ministro de Pio Nono, cardenal Antonelli, á quien tanto ha debido la política de resistencia del ultramontanismo. Alejandro, emperador de Rusia, liberador de los siervos, causa de la última guerra de Oriente, murió hace poco, de resultas de la explosión de una máquina infernal del nihilismo, siendo ya un sesentón. Su canciller, el príncipe Gortschakoff, que tanto ha influido en la diplomacia europea, falleció no ha mucho, á los 85 años, en casa de una joven hermosísima, la célebre Braun, con quien pensaba casarse. Inglaterra sólo se fia de los viejos; y baste, para prueba, citar los honorables nombres de Beaconsfield, Bright, Gladstone, Palmerston y Sir Robert Peel. Lord Palmerston, aunque notable desde su entrada en el Parlamento, sólo logró desde España á Turquía su fama de ministro *omnisciente* en la época del 35 al 41 y aun mucho

después; es decir, cuando era ya más que quincuagenario. El cojo Talleyrand que murió de 84, y Metternich, de 85, fueron los diplomatas más importantes de su tiempo. Thiers contaba 76 años cuando desplegó respecto de las desdichas de la guerra franco-prusiana y de la rebelión de la Commune una energía que ningún político de Francia suponía en él. En España brillan bajo el pabellón de los viejos, políticos de gran resonancia... Argüelles murió casi de 90 años. Istúriz contaba próximamente los 60 cuando decidió los matrimonios regios. Galiano ya septuagenario era el alma del Ateneo. Ya habían cumplido los 60 Espartero, Narvaez, Orense, cuando más influjo ejercieron en el país, con sus dogmas de la Soberanía Nacional, la conservación moderada y la república federal...

Moisés murió de 120 años; y tenía 80 cuando libró á los judíos. San Juan era más que octogenario cuando escribió el Evangelio. Kong-Fu-Tseu (Confucio), el célebre legislador chino, murió de más de 70. Mahoma era de 52 cuando su egira á la Meca, y contaba 60 cuando, ya sometidas las tribus hostiles de la Arabia, entró en la misma Meca á derribar los ídolos. Agesilao, de 80 años cumplidos, fué á Egipto á sostener la insurrección contra el segundo Artajerjes. Pasma el pensar lo que hizo en 5 años Julio César, después de cumplir los 51, gastado en su persona, calvo, y sordo, según algunos. Derrotó á Pompeyo en España é Italia y, luego, decisivamente en Tesalia. Destronó en Egipto á Tolomeo y dió la corona á Cleopatra. Des hizo en tres días las fuerzas sublevadas de Farnaces,

rey del Ponto, victoria que comunicó al Senado con el famoso *veni, vidi, vici*. Destruyó en Africa á Metelo y á Catón; y en Munda á Pompeyo el joven; hizo un puerto en el Tíber; reformó las leyes, arregló el calendario; y, por entonces también, debió escribir el clásico libro de *Bello Gallico*. Los estrategas todos, unánimemente, colocan á Julio César por encima de Alejandro Magno y de Napoleón; porque éstos alcanzaron de jóvenes sus triunfos; y aquél siendo ya viejo.

¿Dónde, pues, está el paralelismo entre la decadencia física y la intelectual?

**

Pero de la política pasemos al campo de las ciencias. Aquí también, ¡oh hechiceras de 200 meses! el cetro es de los viejos.

Siempre las artes han representado á los sabios con calva reluciente y luengas y reverendas barbas blancas.

Así á los profetas de Israel. Así también á los siete sabios de Grecia. Thales, el que primero predijo un eclipse lunar, murió de 90 años según unos, y de 100 según otros; de 81 Solón, el legislador de Atenas; de edad muy avanzada Chilon, el más probable autor del *Conócete á tí mismo* y de *El oro es la piedra de toque de los hombres*; de más de 70 años, Pitágoras, el enemigo de la embriaguez; de edad avanzadísima Bias, el más sabio de los 7 sabios, que daba á sus amigos cuanto tenía, y autor del *Todo lo llevo conmigo*; de 70 Cleóbulo, cuya máxima *«Mientras más palabras, más ignorancia»* parece siempre de actual-

lidad; y muy viejo Periandro, á quien su sabiduría no le impidió ni el hacerse tirano de Corinto, ni el matar á su mujer en un rapto de enojo.

Pues si de los 7 sabios pasamos á los demás filósofos (¡que sabían más que ellos!) nos encontramos que los nombres más venerandos pertenecen á los viejos.

Pitágoras 80; 80 su discípulo Filolao; 82 Platon; 90 Diógenes el cínico; 104 Demócrito. Aristóteles, cuyo influjo en la edad media ha sido incomparable (á pesar de haber sido quemadas en París en 1209 las traducciones árabes de sus obras) no vivió tanto como los otros filósofos citados; pero sus principales obras fueron escritas cuando ya pasaba de los 53 años; esto es, después de haber acompañado á Alejandro Magno en sus primeras empresas por el Asia, que fué cuando, á su regreso, fundó en Atenas la Escuela peripatética.

Pues ¿qué decir de Aristarco, astrónomo de Samos, que ya profesaba la doctrina actual de los movimientos de rotación y traslación de la tierra, por lo cual fué acusado de perturbador de la quietud de los Dioses; del otro Aristarco, crítico de la Iliada; de Eratóstenes, el que primero encontró el modo de medir un grado de Meridiano y determinar la oblicuidad de la eclíptica; de Isócrates, el maestro de elocuencia; de Hipócrates, el Genio de la medicina?... Eratóstenes, habiendo perdido la vista, se dejó morir de hambre á los 80 ó 82 años, por serle ya imposible trabajar; Isócrates también se dejó morir de hambre, cuando, según algunos, tenía cerca de 100 años, al saber la pérdida de la batalla de Queronea; Hipócrates, «el viejo divino», falleció de 80 según unos, de 100 según otros.

**

Pero apresurémonos. Si fuéramos á escribir de todos los ilustres filósofos viejos de la antigüedad sería preciso hacer un Diccionario.

Vengamos á la época moderna, citando sólo de paso los que buenamente acuden á la memoria: San Agustín, que murió de 76; Alberto Magno, maestro de Santo Tomás de Aquino, que falleció quizá nonagenario; Rogerio Bacon, el Doctor admirable, franciscano, á quien se han atribuido grandes invenciones,—la de la pólvora, la de los vidrios de aumento, la de la bomba de aire, la del fósforo ó algo análogo;... (por todo lo cual pasó en los calabozos la mayor parte de su dilatada vida de 80 años); el otro Bacon, canceller de Inglaterra, autor del *Novum Organon*, escrito á los 59 años, promulgador del método experimental, muerto á los 65 años de resultas de la explosión de una retorta...

¡Sí; apresurémonos, y vengamos á esta edad moderna, más que ninguna otra fecunda en viejos, y de fuerza intelectual como jamás había visto el mundo;—sexagenarios como Leonardo da Vinci, Huyghens, Keplero, Arago, Leverrier, Ampère, Stephenson;—septuagenarios como Copérnico, Galileo, Bradley, Leibnitz, Haller, Boscovich, Laplace, Berthollet, Oersted, Faraday, Darwin;—octogenarios como Newton, Kant, Franklin, Herschell, Volta;—nonagenarios como Humboldt, Chevreuil;...; y otros muchos, muchísimos más, cuyos nombres no acuden en este instante á la memoria, desobedeciendo á las evoca-



LA LECCION DE ESCRITURA, dibujo por A. Hamman



J. B. DUMAS, célebre químico, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias de Paris, fallecido el 11 de abril

ciones de la más buena voluntad. ¡Oh! ¡Gloria á cuantos soles no aparecen en este momento ante la pluma!

¡Falta de vista, no ultraje, es no reverenciarlos ahora en el recuerdo!

* *

Pues las obras inmortales
de los muertos que no mueren

no fueron frutos de la juventud, por más que esa juventud brillase en muchos casos por su sorprendente precocidad.

Leonardo da Vinci, hijo ilustre de una edad ilustre, precoz en aritmética, música y dibujo, luego admirable escultor y profundo arquitecto, poeta, botánico, astrónomo, mecánico, y el mejor ingeniero de su siglo, gran profesor en el laud, vigorosísimo jinete, hermoso, galante, amigo del lujo..., empezó, cumplidos ya los 45 años, la famosísima cena del refectorio de los dominicos en Milan, hoy ya muy deteriorada; y, después de los 48, la gran estatua de Francesco Sforza. Y son producto de su edad madura sus célebres tratados, en donde, como preternatural conocimiento, están anticipados, en pocas páginas siempre, los descubrimientos de Galileo, Keplero, el sistema de Copérnico, las teorías recientes de ilustres geólogos, las leyes de la hidráulica.... Huyghens, también precoz, y, tanto, que á los 22 años era ya conocido por sus obras de geometría, y á los 36 por el descubrimiento de uno de los satélites de Saturno, escribió lo mejor de sus obras imperecederas y verificó sus más grandiosos descubrimientos en edad ya avanzada, cuya fuerza intelectual era tan ambiciosa que á los 60 años empezó á estudiar los *Principia* de Newton, y después el cálculo de Leibnitz. Keplero, precoz igualmente, tenía 47 años cuando descubrió las leyes inmortales sobre que descansa la astronomía moderna. Ampère publicó de 51 años la teoría de los fenómenos electro-dinámicos; de 53, la determinación de la superficie curva de las ondas luminosas; y, de 59, el ensayo sobre la filosofía de las ciencias. Stephenson tenía 49 años, cuando logró al fin ver abierto el camino de hierro entre Manchester y Liverpool, donde su inmortal

locomotora sirvió por primera vez de agente de tracción; después de triunfar, á la segunda vez, de la oposición que en el parlamento suscitó la idea de una rápida locomoción, estimada entonces como muy inconveniente; después de acallar las invectivas del ridículo; después de vencer la resistencia y oposición de eminentes ingenieros, y después, por último, de dominar el continuo motin de los propietarios de las tierras cruzadas por la vía, los cuales, brutalmente, arrojaban de ellas á los ingenieros y operarios. ¡Acogida admirable de tan portentoso invento!

Copérnico no concluyó su obra *de revolutionibus orbium caelestium* hasta tener 57 años, y no cesó de corregirla y enmendarla hasta que la dió á la imprenta teniendo ya 68: el mismo día en que recibió impreso el primer ejemplar, lo tocó y se murió.

Galileo no publicó su *Siderius Nuntius* hasta los 46 años: su actividad fué incansable hasta los 60, cuando la Inquisición le obligó á abjurar sus herejías (!) y pronunció el famoso *e pur si muove*, tan comentado y contradictorio; y á los 74 años perdió la vista, á consecuencia de sus incesantes observaciones astronómicas. A esa edad publicó el «Diálogo sobre el movimiento local» y descubrió la libración diurna de la luna.

Bradley, el primero de todos los astrónomos por el asombroso consorcio que en él se verificó de la ciencia con la práctica, ya ilustre por el descubrimiento de la aberración de la luz, no descubrió la nutación del eje de la tierra hasta cumplidos los 55 años.

Leibnitz, historiador, teólogo, físico y matemático, fué siempre portentoso hasta los últimos años de su vida; si bien realizó de los 30 á los 37 el más importante de sus descubrimientos, el cálculo diferencial.

Laplace, después de los 70 años ejecutó todavía una inmensa tarea matemática. De los 40 á los 68 años publicó Faraday sus grandes trabajos sobre el electro-magnetismo. Darwin era ya quincuagenario cuando publicó el «Origen de las Especies» y sexagenario cuando imprimió el «Descent of man.» Kant no apareció como inteligencia de primer orden hasta después de los 57 años, cuando

publicó «La crítica de la razón pura;» á los 64 dió á luz «La crítica de la razón práctica;» á los 66 «La crítica del juicio.» De 70 años Franklin, que

Eripuit celo fulmen sceptrumque tyrannis

fué á Francia en demanda de auxilios para asegurar la independencia de su patria. Herschell, organista, mecánico, matemático y astrónomo, hizo sus primeros descubrimientos de Urano y sus satélites y de dos de los de Saturno, desde los 43 á los 51 años; y la inmensidad de sus trabajos sobre el sistema Solar, la revolución de las estrellas unas al rededor de otras y sobre las nebulosas, es muy posterior. Volta descubrió la maravillosa pila de su nombre de los 50 á los 56 años de edad. Y ¿qué decir de Humboldt, comparable sólo con Haller en la universalidad de conocimientos, é incansable en la importancia de sus trabajos hasta los 90 años de su edad? Iba á cumplir los 60 cuando emprendió con Ehrenberg y Rosa su gran viaje de 4500 leguas, que tanto sirvió para rectificar la Geografía de Asia.

¿Dónde encontrar, pues, el paralelismo entre la decadencia física y la intelectual?

* *

Pero, al llegar aquí, oigo ya al enjambre amotinado de las viejas de 200 meses:

«¡Bien! para algo ha de servir la edad senil: hasta los colmillos del lobo tienen contra el mal de ojo gran virtud;... pero guárdense los sabios esos librotos que nadie entiende; que lo que nosotras queremos es lo agradable, lo artístico, lo que haga palpitar el corazón con lo bello; lo que posea el secreto de la risa.»

¿Sí? Pues nadie como los viejos posee ese talismán; nadie como ellos sabe hacer reír; nadie como ellos sabe hacer asomarse á los párpados las dulcísimas lágrimas con que el arte conmueve el corazón.

Ea: emplazadas quedais para el artículo siguiente.

E. BENOT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON